

Número 1565 • Sábado 11 de abril de 2026

Tres Mil

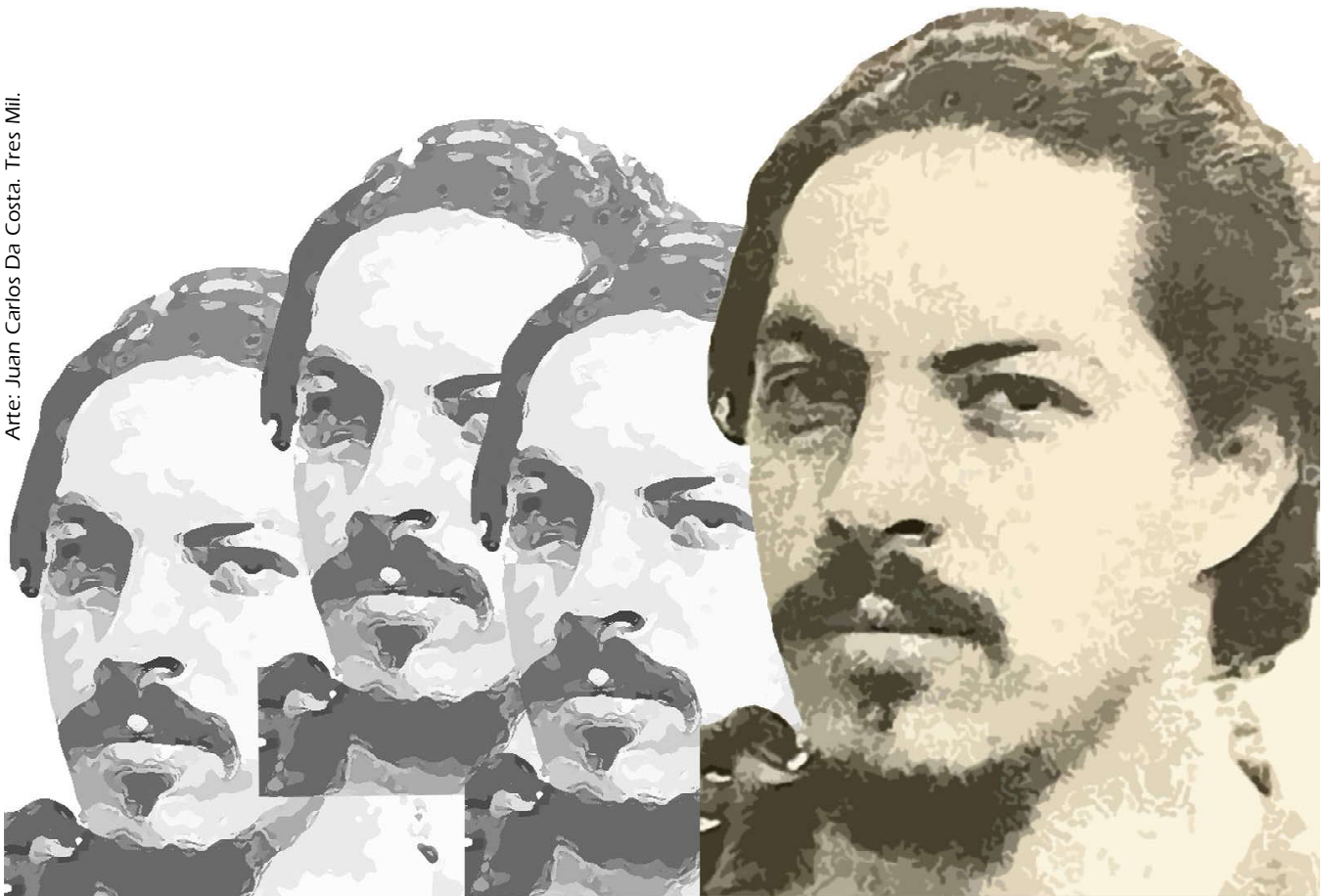
REVISTA CENTROAMERICANA DE ARTE Y CULTURA | FUNDADA EN 1990

Director: Otoniel Guevara | Subdirectora: Karen Ayala

Memoria del paraguayo **Juan Carlos Da Costa**

“Se ríe de las heridas
quien no las ha sufrido”

Arte: Juan Carlos Da Costa. Tres Mil.



- 3-4 En un lejano abril... • SUSY DELGADO
5 El gusto por la poesía salvadoreña • VLADIMIR AMAYA
6 El contrato • RICARDO CASTORRIVAS
7 Anatomía de un humor • RAFAEL PAZ NARVÁEZ
7 Búsqueda sin mal • ÁLVARO MATA GUILLÉ
8 La tristeza es más larga que todos los caminos • JOSÉ MARÍA CUÉLLAR
8 Pregunto • DELIA QUIÑÓNEZ

Tres Mil

REVISTA CENTROAMERICANA
DE ARTE Y CULTURA
FUNDADA EN 1990

DIRECTOR
Otoniel Guevara

SUBDIRECTORA
Karen Ayala

CONSEJO EDITORIAL
Daisy Zamora
Óscar Flores López
Guillermo Acuña
Vladimir Baiza
Rudy Gomez

REFERENTES
Argentina **Marta Miranda**
Colombia **Omar Ortiz**
Cuba **Verónica Alemán**
Dominicana **Leonardo Nin**
Estados Unidos **Juana M. Ramos**
Francia **Carlos Ábrego**
Italia **Rocío Bolaños**
Panamá **Consuelo Tomás**
Paraguay **Norma Flores Allende**
Uruguay **Gustavo Wojciechowski**

COLABORADORES ESPECIALIZADOS
Francisco Alejandro Méndez †
Carlos Cañas Dinarte
Rafael Paz Narváez
Javier Fuentes Vargas
Gaetano Longo
Álvaro Mata Guillé
Matheus Kar
Alberto Pocasangre
Vladimir Amaya

COLABORADORES GRÁFICOS
Gonzalo Fraguí
Luis Galdámez
Ulises Palacios
Augusto Crespín
Isaías Mata
Eduardo Rodríguez

Revista TresMil
no se compromete a publicar
colaboraciones no solicitadas.

Publicamos textos exclusivos
de creación literaria, pensamiento
crítico y de rescate histórico
y literario, principalmente de temas
y autores centroamericanos.

PALABRAS

La ardiente memoria **apagada** de nuestros pueblos

Lo de hoy

Comenzamos con un agradecimiento a los artistas plásticos que hoy colaboran en este número, Óscar Vásquez y Augusto Crespín. Los artistas plásticos son fundamentales para nuestra revista, pues también escriben este momento histórico. Los que vivimos este tiempo somos privilegiados: testigos del arrebató de la locura imperial y del nacimiento de un nuevo mundo, que la mayoría ni siquiera presentimos, pese al olor de su cobijo.

La nota central insiste en traer a la memoria los nombres y gestas de artistas que han dejado un legado que ha consumido abundante presupuesto en enterrarse o desaparecerse, fiel a las técnicas de los capos capitalistas de siempre. Revivimos un testimonio de Susy Delgado alrededor de la figura del poeta paraguayo Juan Carlos Da Costa, a quien el dictador de su país le arrebató su vida, su familia y su poesía. Obtener alguno de sus poemas fue una labor hasta hoy un poco infructuosa. Gracias a la intermediación de **Norma Flores Allende**, arribamos a la orilla de algunos textos, y fue el escritor **Alberto Sisa** quien nos proporcionó el tesoro de un par de páginas de la revista «La isla» donde se le hiciera un homenaje póstumo hace 32 años. Rendimos gratitud a su legado.

Vladimir Amaya propone un debate abierto sobre tópicos poco abordados de la poesía salvadoreña, de la cual es uno de los más reputados expertos. Una literatura que carece de estudios serios alrededor de ingentes figuras que no cuentan ni siquiera con biografías medianamente acuciosas y serias, a excepción del monumental trabajo realizado desde hace años por el historiador y académico **Carlos Cañas Dinarte** en su Diccionario de Autores Salvadoreños, y los múltiples esfuerzos del mismo Amaya.

Prosiguiendo con los rescates aereamos el cuento «El contrato» de **Ricardo Castorrivas**, maestro del relato en El Salvador, texto retomado de la reciente selección de su narrativa titulada «Zacabbé Uxtá y otras revelaciones», publicado por Chifurnia Libros en su colección «Diles que no me maten». De igual forma ofrecemos el poema «La tristeza es más larga que todos los caminos» de **José María Cuéllar**. Ambos autores miembros del grupo «piedra y Siglo», surgido en la década del sesenta.

Reordenar la memoria es una labor urgente y necesaria para nuestros pueblos, víctimas de la supresión de las proezas que dan raíz a sus corazones y dignidad a sus luchas. No es correcto flotar sobre la rancia narrativa de los arlequines de la codicia, necesitamos historia para cobrar fuerza política, poesía para ver de frente a la vida y amarla en todas sus condiciones.

En la sección de los poemas inéditos nos acompaña la poeta guatemalteca **Delia Quiñónez** con un texto profundamente actual: la infame guerra.

«Anatomía de un humor» de **Rafael Paz Narváez** y «Búsqueda sin mal», de **Álvaro Mata Guillé**, cierran esta entrega. Como siempre, lo hacen con un festín de ideas y análisis oportunos y vívidos.

La última palabra

Alexander Solzhenitsyn:

“Ninguna guerra es una salida. La guerra es muerte. La guerra es terrible no por el avance de las tropas, las casas incendiadas, los bombardeos. La guerra es terrible porque subordina todo lo pensante al poder legítimo de la estupidez... Aunque, para ser honesto, aquí las cosas son así incluso sin guerra”.(El primer círculo, 1958).

PARAGUAY

Memoria de Juan Carlos Da Costa En un lejano abril...

Escribe: Susy Delgado

“La paz no se logra solo con el deseo”, es el título de una antología publicada por Chifurnia Libros en 2022. Contiene poemas y testimonios de 110 poetas de 18 naciones. Uno de esos testimonios pertenece a la poeta paraguaya Susy Delgado, donde habla de un poeta combatiente del Paraguay asesinado por la dictadura de su país en un abril aciago. Juan Carlos Da Costa era su nombre. Compartimos ese texto íntegro al cual sumamos un rescate propiciado por la poeta salvadoreña-paraguaya Norma Flores Allende, quien culminó una búsqueda trepidante y eficaz para encontrar algunos textos de este patriota paraguayo. En esta búsqueda participaron varias personas; extendemos un agradecimiento especial a Alberto Sisa.

Corría el año 1976. Abril comenzaba a ponerse otoñal en Buenos Aires. Una joven paraguaya buscaba distraerse del tedio de limpiar los cuartos de una elegante casa de Barrio Norte, atendiendo a las noticias que difundía la radio. Avanzaba un año tenso en toda la región, con frecuentes noticias que, pese a todo el control férreo que imperaba, se filtraban y aumentaban el clima de angustia y miedo. De pronto, un reporte inmovilizó a la muchacha, que tardó un poco para elaborar lo que había escuchado: en Asunción, en las primeras horas de aquel 5 de abril, luego de una persecución que involucró a otros integrantes de la denominada Organización Político Militar, fue herido y muerto Juan Carlos Da Costa, líder del mencionado grupo...

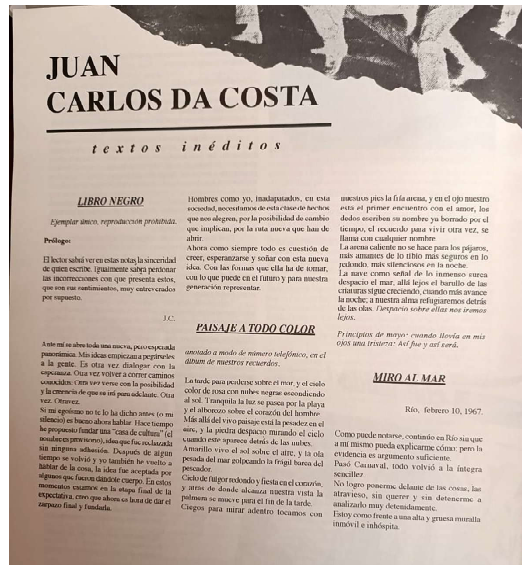
Juan Carlos Da Costa, que entonces tenía 27 años, había encauzado sus inquietudes como dirigente universitario, luego como intelectual de izquierda que fue afirmándose rápidamente, y finalmente como líder del proyecto guerrillero que encontró numerosos adherentes en jóvenes de movimientos estudiantiles y organizaciones político-

sociales. Sectores contestatarios de la Iglesia Católica, que se adscribirían a la Teología de la Liberación apoyaban a estas organizaciones.

La OPM se creó hacia el año 1971 en Santiago de Chile, donde estudiaban varios jóvenes paraguayos que buscaban opciones y metodologías para combatir el clima dictatorial de la región, alentados por la experiencia del gobierno socialista del presidente Salvador Allende. Entre ellos estaba Juan Carlos Da Costa, que fue emergiendo rápidamente en los mencionados sectores, por su inteligencia y capacidad de liderazgo.

En aquella madrugada trágica de abril, Juan Carlos había culminado una reunión con los principales dirigentes de la OPM en la casa de Mario Schaerer

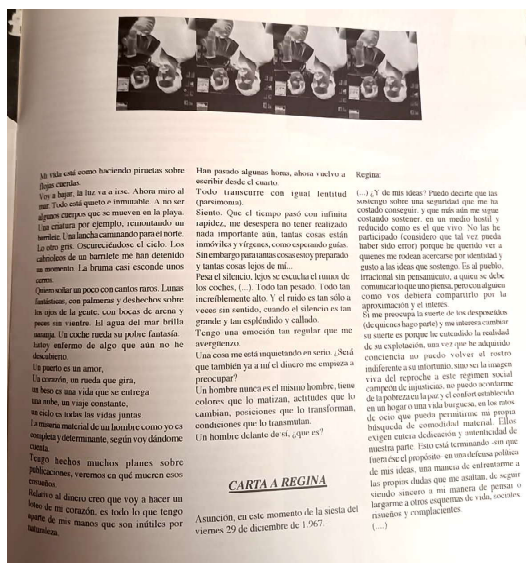
Prono. Cuando ocurrió el asalto, este último y su esposa Guillermina Kanonnikoff consiguieron escapar y bajo un intenso tiroteo lograron refugiarse con las monjas del Colegio San Cristóbal. Mario fue herido en el pie en la ocasión, y poco después, entregado a la policía, murió a causa de la dura tortura que debió soportar.



Homenaje a Juan Carlos Da Costa aparecido en La Revista “La Isla”, editada por la Dirección de Cultura y el Centro Paraguayo Japonés de la Municipalidad de Asunción. Publicado en el año 1994. Revista Número. 4. Año 2.

Cortesía de Alberto Sisa.





En los libros de esos magníficos poetas españoles, latinoamericanos y de latitudes diversas, que, tal vez como ellos, saltaban de la angustia política o simplemente humana, a la poesía, y al revés...

Juan Carlos Da Costa, militante y líder de una organización guerrillera, pero también poeta, cayó y calló aquel día gris de abril... Y tal vez en aquellos momentos en que la vida ya se le escapaba de las venas, se aferró al recuerdo de aquellas madrugadas en que visitaba a su pequeña hija amparado por las sombras, y le recitaba los versos de Romeo y Julieta que ella guardaría para siempre en el corazón: "Se ríe de las heridas quien no las ha sufrido. Pero, alto: ¿Qué luz alumbra esa ventana? Es el oriente, y Julieta el sol. Sal, bello sol y mata a la luna envidiosa..."

Carta a Regina

Juan Carlos Da Costa

Asunción en este momento de la siesta del viernes 29 de diciembre de 1967

Regina:

(...) ¿Y de mis ideas? Puedo decirte que la sostengo sobre una seguridad que me ha costado conseguir, y qué más aún me sigue costando sostener, en un medio hostil y reducido como es el que vivo. No las he participado (considero que tal vez pueda haber sido error) porque he querido ver a quienes me rodean acercarse por identidad y gusto a las ideas que sostengo. Es al pueblo, irracional sin pensamiento, a quien se debe comunicar lo que uno piensa, pero con alguien como vos debiera compartirlo por la aproximación y el interés.

Si me preocupa la suerte de los desposeídos (de quienes hago parte) y me interesa cambiar su suerte es porque he entendido la realidad de su explotación, una vez que he adquirido conciencia no puedo volver el rostro indiferente a su infortunio, sino ser la imagen viva del reproche a este régimen social campeón de injusticias, no puedo acordarme de la pobreza en la paz y el confort establecido en un hogar o una vida burguesa, en los ratos de ocio que pueda permitirme mi propia búsqueda de comodidad material. Ellos exigen entera dedicación y autenticidad de nuestra parte. Esto está terminando -sin que fuera ese el propósito- en una defensa política de mis ideas, una manera de enfrentarme a las propias dudas que me asaltan, de seguir siendo sincero a mi manera de pensar o largarme a otros esquemas de vida, sociales, risueños y complacientes.

(...)

El escritor e investigador Alfredo Boccia resume de este modo lo que fue aquella organización encabezada por Da Costa, en su libro *La década inconclusa. Historia real de la OPM*, publicado en 1997:

"El intento más serio de crear una resistencia armada en la segunda mitad del gobierno de Stroessner fue el del grupo clandestino denominado OPM, siglas de la Organización Político Militar. Aunque su existencia fue descubierta antes de que estuviera en condiciones de realizar algún operativo de envergadura, la represión que siguió a la captura de sus principales jefes fue de una enorme magnitud y se extendió durante muchos meses a distintas regiones del país afectando a colectivos sociales y políticos que no tenían relación con la OPM. En muchos aspectos, el Paraguay ya no fue el mismo después de esta dolorosa escalada represiva que dejó al régimen más omnipotente que nunca y a la oposición descreída de la posibilidad de un cambio político a corto plazo".

El nombre de Juan Carlos Da Costa quedó en la historia fuertemente identificado con su rasgo de militante político, como era previsible. No son muchos los que hoy recuerdan su condición de poeta, que latía dentro de su compleja y rica personalidad humana. Las innumerables cosas que mató la dictadura incluyeron lamentablemente sus poemas, que fueron destruidos. Pero entre quienes habían conocido la faceta de poeta de Da Costa estaba esa muchacha paraguaya que lo había conocido en los años finales de los 60, emergiendo en la muchedumbre inquieta de la Facultad de Filosofía, cercano a otros jóvenes a quienes sus ansiedades llevaban perfectamente a la literatura desde la política, y al revés. Con su hermana habían tenido el privilegio de recibirlo en su casa algunas tardes, junto a dos o tres de aquellos estudiantes que vivían sus días jóvenes con algún poemario bajo el brazo...

Siguiendo sus impulsos veinteañeros, luego habían tomado caminos diferentes. La vida los había separado, pero esa muchacha guardaba entre sus recuerdos más significativos aquellas tardes en que las inquietudes juveniles buscaban y encontraban sus cauces también en la poesía...

Susy Delgado. Escritora, periodista, narradora y poeta paraguaya-guaraní, nacida en 1949. Dirigió la exitosa colección escolar *Grandes Figuras de la Literatura Paraguaya*.

— Al margen del ruido —

El gusto por la poesía salvadoreña: Una **búsqueda** entre el tiempo y la memoria

Escribe: Vladimir Amaya

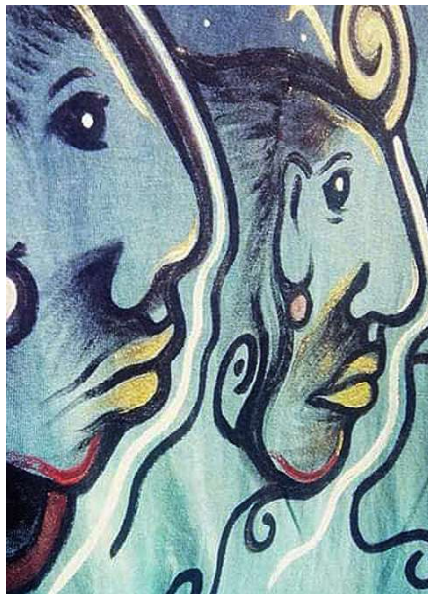
En mi caso, hablar del gusto por la poesía salvadoreña no es simplemente declarar una preferencia estética; es asumir una forma de vida, una obstinación. No se trata de leer versos por entretenimiento ni de acumular nombres en una lista, sino de entrar en una tradición fragmentada, magullada y, sin embargo, profundamente viva. Mi dedicación a esta poesía (la de todos los tiempos) no nace de una casualidad, sino de una necesidad: comprender de dónde viene una voz que, de algún modo, también me nombra.

La poesía salvadoreña no es un bloque uniforme. Es, más bien, una conversación interrumpida muchas veces por la historia: guerras, silencios, exilios, olvidos editoriales. Leerla exige algo más que sensibilidad; exige paciencia, contexto y, sobre todo, una voluntad de reconstrucción. No basta con leer a Claudia Lars o a Alfredo Espino como nombres consagrados. Hay que entender qué país los rodeaba, qué lenguaje heredaban, contra qué o contra quién escribían.

En esa búsqueda, uno descubre pronto que el canon es apenas una puerta de entrada. Figuras como Roque Dalton o José Roberto Cea han sido leídas, estudiadas y, en cierto modo, fijadas en la memoria colectiva. Representan momentos clave: la poesía comprometida, la palabra como arma, el verso como denuncia. Pero quedarse allí sería reducir la tradición a sus momentos más visibles.

Porque junto a ellos existe otra poesía: la de los autores olvidados, los marginales, los que publicaron en ediciones mínimas o nunca lograron salir de círculos locales. Esa poesía, a veces torpe, a veces brillante, es igual de necesaria. En ella se percibe el pulso real de una época, sin los filtros de la consagración.

También están los “malos” poetas, una categoría incómoda pero inevitable. Leerlos es parte del aprendizaje del gus-



Arte: Óscar Vásquez

to. No para la chacota, sino para entender los límites del lenguaje, las repeticiones vacías, los lugares comunes que se disfrazan de emoción. La poesía salvadoreña, como toda tradición, no está hecha solo de aciertos; también de errores, excesos y fracasos. Y esos fracasos enseñan tanto como los logros.

Mi dedicación a esta poesía se ha convertido, con el tiempo, en una forma de arqueología. Buscar libros agotados, rastrear nombres en índices antiguos, reconstruir trayectorias dispersas: todo ello configura una experiencia que va más allá de la lectura. Es un acto de rescate. En un país donde la memoria cultural es frágil, leer a los olvidados es también una forma de justicia.

Pero esta búsqueda no es solo histórica. Es también íntima. En cada poema, incluso en el más distante en el tiempo, hay una posibilidad de reconocimiento. La soledad, el desarraigo, la violencia, la ternura: temas que atraviesan generaciones y que permiten que un lector contemporáneo dialogue con voces de hace décadas o siglos.

Comprender los contextos es, en-

tonces, fundamental. No se puede leer la poesía previa a la guerra civil de la misma manera que la posterior. No se puede interpretar un poema modernista sin considerar su aspiración cosmopolita, ni un poema de posguerra sin atender a la herida social que lo atraviesa. El contexto no limita la lectura; la enriquece.

Sin embargo, también hay un momento en que el poema se desprende de su circunstancia y queda solo, frente al lector. Allí es donde el gusto se define. No todo lo que es importante históricamente es necesariamente valioso estéticamente, y no todo lo que emociona tiene peso en la tradición. Aprender a distinguir, a matizar, a dudar: esa ha sido parte esencial de mi camino.

Dedicar años a la poesía salvadoreña puede parecer, desde fuera, una empresa inútil. Un ejercicio de repetición en un campo reducido. Pero para mí ha sido lo contrario: una forma de expansión. Cada autor descubierto, cada libro encontrado, cada verso que resiste el paso del tiempo amplía la comprensión de lo que somos, como lectores, como escritores, como país.

Esta dedicación no busca cerrar un canon ni imponer jerarquías definitivas. Más bien, intenta abrir preguntas: ¿quiénes faltan?, ¿qué voces no han sido escuchadas?, ¿qué entendemos realmente por “buena” poesía? En esa incertidumbre reside, quizás, el verdadero sentido de la búsqueda.

Al final, el gusto por la poesía salvadoreña no es un gusto complaciente. Es un gusto crítico, paciente y, en cierto modo, obstinado. Un gusto que se forma leyendo tanto a los grandes como a los menores, tanto a los celebrados como a los olvidados. Un gusto que no se conforma con lo dado, sino que insiste en seguir buscando.

Y tal vez esa insistencia es la verdadera justificación de todos estos años. Mi justificación. Mis años.

EL SALVADOR

EL CONTRATO

Ricardo Castorrivas

En vano afilé el puñal. Cuando me acerqué a la hamaca, el mister no se movía ya. Pero el contrato me salva. Ya se lo dije al abogado: Mire, señor, lea bien lo que dice aquí: "... y eximo de toda responsabilidad a Alejo Mancía, de cualquier daño, perjuicio o accidente que se origine durante el experimento que realizaremos. Autorizo a mis abogados para que hagan válido el presente contrato en cualquier tribunal del país", pero el abogado, necio como todos los abogados, insiste en que debo admitir mi culpabilidad, si lo único que hice fue afilar mi puñal. Yo no tengo la culpa de que don Curtis muriera... Dice bien este Alejo, él no tiene la culpa de lo que pasó, pero fijate que el muerto es nada menos que mister Nothebold, el viejo millonario, que según he averiguado era un psicópata; un enfermo que todo lo quería componer con sus millones. Pues allí tenés que ahora su familia quiere pagar para que el pobre Alejo sea condenado por algo que él no hizo. El contrato aclara todo, pero siendo como son las cosas de justicia en este país, imaginate el tremendo caso que tengo ante mí: defender a quien no tiene ni un centavo... "Mirá Alejo, vos que sabes tantas cosas que yo desconozco, quisiera que me enseñaras algo; alguna cosa que me quite el aburrimiento; una emoción fuerte; algo que yo no haya probado todavía. Quiero que me enseñes algo nuevo." Mire, trabajo como mayordomo en una de las haciendas de don Curtis, y el día que él llegó a mi rancho, lo note más raro que de costumbre, y me dijo que le hiciera conocer algo que él nunca había probado. Yo me asusté y pensé que el patrón se había vuelto loco, pero me amenazó con echarme si no lo complacía. Me negué a pesar de eso, porque yo lo respetaba mucho. Entonces me dijo que me iba a matar, y sacando su pistola me disparó tres veces a quemarropa, pero con intenciones de no herirme porque las balas no me tocaron el cuerpo, "bueno, me dijo, ya veo que sos valiente y que con vos no se puede a la fuerza. Lo que vamos a hacer es firmar un contrato en el que

voy a explicar que todo es por gusto mío, y que vos no tenés la culpa si a mí me pasa algo, para que así hagas lo que yo quiero y veas que soy un hombre cabal" y así fue que firmamos ese papel que usted tiene allí. Yo soy inocente. Él me decía "ya lo probé" a cada cosa que yo le mencionaba. Y quien no, si para eso era rico. "He probado hasta matar", me dijo, y poniéndose más raro que de costumbre, me confesó: "he matado a varios peones de la hacienda. En cuenta a tu hermano mayor". Tomando su confesión con mucha calma le dije que esperara un rato. Fui al traspatio y agarré mi puñal. La muerte relumbraba en su filo. Mandé a la mujer y a los cipotes para el pueblo y le dije a don Curtis al quedarnos solos que iba a probar algo que jamás en su vida había probado. Los ojos le brillaban de un modo extraño, como que era un cipote con juguete nuevo. Le dije que se acostara en la hamaca. Le dije que lo iba a amarrar bien. A todo esto, me dijo que sí, que para eso habíamos firmado el contrato, pero que si fallaba me iba a matar. Traje mi piedra de afilar y comencé a darle filo al puñal oyendo doblar campanas como cuando enterramos a Anselmo. El mister me preguntó que para qué afilaba el puñal. Yo no le contesté. La muerte ya no doblaba

campanas: era una mancha roja que me cubría los ojos. El mister se impacientó y me gritó: "¿Que putas es lo que me vas a enseñar?!" y fue cuando lo amordacé. Yo quería que el puñal estuviera bien filudito. Así que le dije a don Curtis: "cuando encontramos a Anselmo podrido en la barranca, nadie supo quién lo había matado y ahora viene usted a decirme que lo mató por puro gusto, por puro capricho. Pues ahora don Curtis, va usted a aprobar algo nuevo: va a probar su propia muerte..." yo iba a descuartizarlo como a un cerdo, y ni siquiera llegué a herirlo...



Arte: Augusto Crespin

Ricardo Castorrivas, nació en San Salvador el 19 de septiembre de 1938. Vive en Cuscatancingo. Este poderoso cuento ha sido sustraído de "Zaccabé Uxtá y otras revelaciones", publicado el 2025 por Chifurnia Libros.

—Inocencia, sintaxis y olvido—

Anatomía de un humor**Escribe: Rafael Paz Narváez**

Cuando la risa llega así, de esa manera, no se sienta donde le dicen.

Dice lo que todas las personas, en su inocencia, entienden bien.

También tiene miedo, pero no puede pronunciar bien sorfidi.

Cuando se queda callada, a veces parece respeto, pero sólo es que está pensando en otra cosa.

Así se comienza a reír sin permiso.

Recuerda algo que no ha pensado, ni ha dicho. Algo como: “No pueden o aún no saben”.

La risa no resuelve el problema, pero lo avergüenza.

La comida de las abuelitas sigue siendo lo mejor que hay en esta vida.

Aumentó la gasolina: repartan tortilla tostada para que se les pase el hambre y un fardo de bolsas de agua para que lo vendan afuera de la biblioteca más grande, y se pongan a trabajar.

Aquellos todos ebrios, ahogándose para llamar la atención. Deporten a mi tío a la Isla Conejo, por favor. Pero bien bañadito, porque aquí sí nos cae agua.

Pronóstico del Centro de Investigación de Anomalías del Departamento de Sonsonate: Vienen sorpresas. Más días de asueto. Otra quincena 25, porque todo mundo quedó palmado después de vacaciones. Habrá buses gratis para la majada.

Dicen que vienen más despidos. Nadie quiere saber cuántos.

A esta hora le zamparon el talegazo al del CAM*.

Ojalá los demás agarren el valor de ese héroe nacional.

¿Se puede aprender anatomía sin hacer disección de nuestra sonrisa?

Aquí en este paraje no se sabe si somos libres o sólo nos estamos divertidos.

Unos doscientos milloncitos de dólares más en préstamos, unas cuantas de esas almas con cuerpo obli-gadas a trabajo forzoso, y queda. Después escriben esos imposibles ortográficos.

Pasa algo parecido cuando hacen atol de elote. O cualquier cosa que involucre cocer leche. Hay gente que solo llega a ver y se arruina todo. No tocan nada. Pero algo pasa. Otros duermen abejas. O miran los videos donde alguien duerme avispas.

Porque cuando todo está claro, ya alguien lo está usando.

¿Y para qué se prohíbe la risa en las bibliotecas?

*Policías, Cuerpo de Agentes Metropolitanos

—La otra orilla—

Búsqueda sin término**Escribe: Álvaro Mata Guillé**

Al nacer

-al abandonar el agua que nos sumerge en la noche del útero-
la inmensidad se abre en nosotros,
nace sin nacer en el mundo
preguntándose por las cosas que son ella misma.

La inmutabilidad de la lejanía en continuo movimiento
se adentra en los nombres,
se mezcla a la tarde, a la niebla, al murmullo,
al canto, a la sangre, a lo indiferente.

Al morir,

al regresar a la quietud del crepúsculo,
al apagarse la ilusión de ser con la consciencia,
el universo deja de percibirse,
vuelve al silencio que envuelve la noche,
se apagan los nombres.

En el allá del aquí en el origen,
en el antes de ser o no-ser lo que somos,
emerge la poesía:

de la necesidad del cuerpo por decir y palpase,
de la pulsión del cosmos enfrentado al abismo sumido
en las sombras,
del grito pegado a los signos de signos que definen las cosas:

las personas, la sociedad, el deseo,
el viento en las hojas que huyen en el árbol,
la luna que abraza el humo del río,
lo distinto,
lo mismo.

Pero nuestros días

-días que transitan aferrados a la vaciedad del lenguaje-
dejan de lado que, al venir de lo ausente,
somos lo ausente,
que no estaremos porque nunca hemos estado,
que en nosotros habla la bestia,
-la penumbra, lo ominoso,
la orfandad-,
también la incertidumbre, el mutismo,
la ceniza,

y aunque estructuremos las cosas
en el espejismo de los «grandes títulos»,
en la presunción de las prebendas,
en la banalidad que intenta huir de la muerte,
caminamos de una noche a otra,
de una sombra a otra,
a la ausencia antes de lo ausente

(*Búsqueda sin término*, título del libro de Karl Popper)

La tristeza es más larga que todos los caminos

—José María Cuéllar—

No es necesario decir que han caído las primeras lluvias
Y que los árboles visten las primeras flores
No es necesario decirlo

Aunque el río descienda con huesos y madera
de la más dulce estirpe

Porque el invierno tiene una gran similitud
con la tristeza del hombre

El hombre aprendió a llorar

Cuando cayeron las primeras lluvias sobre su corazón

El hombre es un pequeño pozo de agua

Pero no es necesario decirlo

Basta saber que es poco lo que sufre

Porque un día antes o después

Él puede quedar dormido entre la tierra húmeda.

El hombre se pregunta en qué región extraña se quedó
su alegría

Su alegría de niño, de sol, de sol adolescente
que no empañó el silencio del invierno

En qué sitio de tránsito y espanto se consumió
su lámpara

Por qué la soledad hace una estancia larga

En el frágil corazón de las muchachas

La tristeza es más larga que todos los caminos

El amanecer es más oscuro que la primera piedra

En donde el hombre enseña las garras o la primavera

Y duerme sobre el silencio de la tierra

Azotado por el temor de las primeras lluvias

Aquella fecha lenta de grandes maxilares

Se perdió entre cavernas y desiertos

El tiempo pasó para destruir la furia de los ojos

El hombre es el eco de la sombra

(Él ha hecho posible el túnel donde se ahoga
la conciencia

El odio hacia la forma celeste de los pájaros

La angustia de las madres que hilan en ruecas de ceniza)

El hombre es aun lágrima

Es un llanto que suelta sus blasfemias

El poeta **José María Cuéllar** nació en Ilobasco, Cabañas, El Salvador, el 8 de abril de 1942, hace 84 años. Murió en San Salvador el 14 de octubre de 1980, en un accidente de tránsito. Perteneció al grupo "Piedra y Siglo". Publicó "Escrito en un muro de París", "Crónicas de Infancia", "Diario de un Delincuente" y "La Cueva".

Delia
Quinónez.
Guatemala.

El In
édito
poema

Pregunto

En estos días de guerra

furiosamente absurda

pregunto si el polen de las flores

y la miel de las abejas

sobrevivirán a la ira de los hombres

que buscan en el vientre de la tierra

el oro negro, verde y de todos los colores,

para satisfacer sus ansias de impudicia.

Pregunto si los ríos y el viento

seguirán su danza de pájaros

ajenos al terror de los monstruos

que incuban en madrigueras

el dolor, el llanto y la muerte ciega

de los niños que solo sueñan

con volar y sorber luz entre las nubes.

Pregunto si los hombres y mujeres

que fecundan nidos verdes

en medio de soles rojos, nieves,

huracanes salvajes

y torrentes de inclemencia,

mantendrán la semilla

que alumbra la sed y el hambre del planeta

para evadir la treta despiadada

de caníbales modernos.

Pregunto si la palabra

que busca rescatar la bondad y la justicia

rescatará su propia fuerza de Némesis

-ancestral y divina-

para que la resurrección de los muertos

sea mañana una verdad vestida de días claros.

